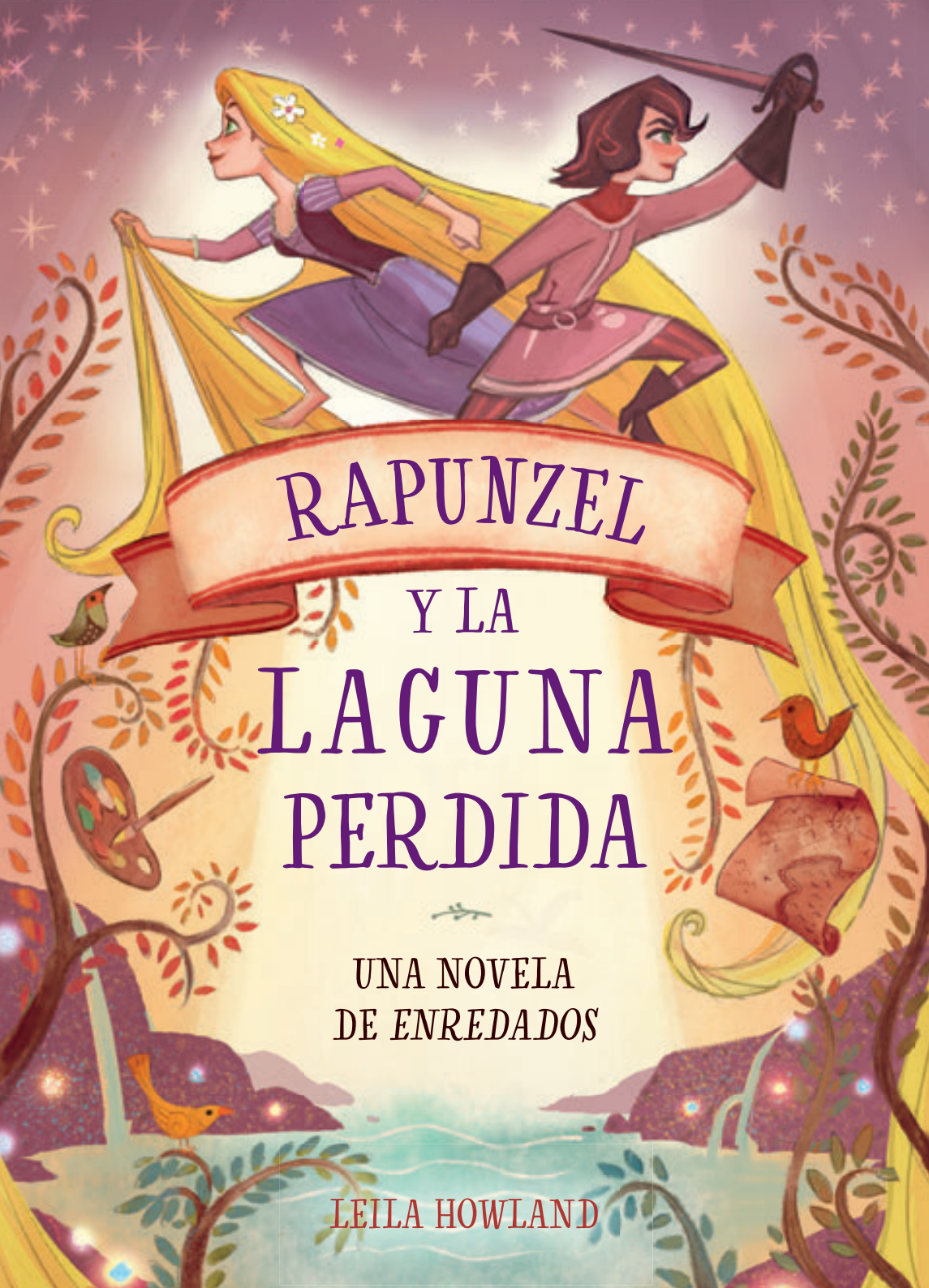

RAPUNZEL Y LA LAGUNA PERDIDA

UNA NOVELA DE *ENREDADOS*

LEILA HOWLAND

RAPUNZEL Y LA LAGUNA PERDIDA

ESCRITO POR LEILA HOWLAND
TRADUCCIÓN DE MARTA GARCÍA MADERA

LIBROS DISNEY

© 2018 Disney Enterprises, Inc.
Todos los derechos reservados
Publicado en España por Editorial Planeta, S. A., 2018
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.planetadelibrosinfantilyjuvenil.com
www.planetadelibros.com
Primera edición: junio de 2018
ISBN: 978-84-16917-80-8
Depósito legal: B. 10.241-2018
Impreso en España

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

1

RAPUNZEL

—Perfecto, Pascal. Si puedo ponerme un poco más arriba, tendré la vista perfecta —le dije mientras subía la pierna a la rama del árbol.

Si el pelo aún me midiera 21 metros de largo, lo habría usado para trepar, y habría tardado unos segundos en llegar a las ramas más altas. Pero tenía que utilizar las piernas. Di un salto, cogí una rama baja y conseguí subir; me puse de pie. Pascal, mi camaleón, estaba encaramado a mi hombro y se pegaba a mi cuello como si le fuera la vida en ello mientras aguantaba la respiración.

—¡Muy bien, Pascal! ¡Ya te tengo! Además, ¿desde cuándo tienes vértigo? —bromeé.

Pascal gruñó, pero, por el rabillo del ojo, vi su sonrisita. Al fin y al cabo, habíamos pasado casi dieciocho años en una torre. Hice equilibrios en la rama del árbol para llegar a otra con hojas que había más arriba. Al estirarme, sentí que me desestabilizaba y Pascal se agarró a mí con más fuerza.

—¡Oye! —exclamé, riéndome, mientras me tambaleaba un segundo antes de sujetarme a la rama, con los pies colgando. Pascal chilló—. De ninguna manera voy a dar la vuelta ahora; llevo todo el día esperando este momento.

Era verdad. Llevaba todo el día sintiéndome fuera de lugar en mi nuevo puesto de princesa y tenía la esperanza de que pintar una vista inspiradora fuera justo lo que necesitaba. Los guardias del castillo habían recibido órdenes de mi padre. Debían seguirme a todas partes, y eso me impedía sentir que estaba en casa. Fingí no verlos vigilarme mientras me ponía de pie.

—¡Mira! —exclamé al encontrar la posición elevada perfecta—. ¡Es precioso!

El paisaje se desplegaba ante mí como un sueño hecho realidad: montañas en la lejanía, colinas verdes y onduladas y un río serpenteante bañado por la luz del sol.

Al intentar coger los pinceles y la pintura, Pascal me tiró del pelo, que, en ese momento, llevaba corto.

CAPÍTULO UNO

—¡Oh, no! ¡Me he olvidado del cuaderno de dibujo! —Pascal asintió. ¡Me había concentrado tanto en salir al aire libre para pintar que me había olvidado del papel! Pascal parecía un poco aliviado y señaló el suelo—. De acuerdo, muy bien, ¡pero volveremos a subir en cuanto lo coja!

Me senté con cuidado en la rama y dejé las piernas colgando. Lo primero que vi al mirar abajo fue mi par de zapatos nuevos. Los que me había quitado en cuanto había salido fuera. Eran los zapatos más incómodos del mundo. En cuestión de segundos, una bandada de guardias vino corriendo hacia mí. Uno llevaba una escalera bajo el brazo.

—¡Estoy bien! ¡En serio! —dije—. De verdad. Puedo bajar sola.

—Princesa, no nos podemos arriesgar —dijo un guardia bienintencionado mientras apoyaba la escalera en el árbol y dos guardias la cogían con firmeza.

—Esto… gracias por el ofrecimiento, pero, en realidad, tenía ganas de saltar —dije, sonriendo. Antes de que pudieran protestar, di un salto. Pascal cerró los ojos con fuerza mientras yo saltaba y aterrizaba, como siempre, sobre mis pies descalzos y fuertes.

Era mi primera semana en Corona y ya me estaba acostumbrando a todos los cambios. Tener tantos deseos que se

hacían realidad al mismo tiempo me hacía sentir eufórica. De repente, tenía padres. Padres de verdad, que me adoraban y me cuidaban. Por no hablar del verdadero amor. ¡Eugene era tan dulce y divertido! Oh, y también tenía un nuevo hogar, un castillo increíble con torreones con forma de merengue y jardines exuberantes. Sin embargo, no todo iba bien. Me faltaba algo. Esperaba que pintar me ayudara a encontrarlo o, al menos, que me sirviera para acabar la tarde haciendo algo que me pusiera contenta.

Durante todo aquel día, Friedborg, la dama de compañía de mi madre, me había estado enseñando modales de la realeza. Mamá me había explicado que Friedborg me ayudaría solamente hasta que yo tuviera una dama de compañía propia. Yo no pensaba que necesitara una. Hasta aquel momento, lo había aprendido todo sola, ¡incluso astronomía avanzada! Pero me estaba empezando a dar cuenta de que las princesas lo hacían todo de otra forma.

Friedborg se había pasado horas enseñándome cómo sentarme de manera adecuada. Después, pasamos el resto del día practicando cómo abrir una puerta. Yo quería esforzarme al máximo, pero me costaba incluso mantener una conversación con ella, puesto que no era muy parlanchina que digamos.

—Bueno, ¿supongo que me va a enseñar a sentarme?

—pregunté, con un intento de sonrisa, mientras ella estaba de pie delante de mí y señalando una silla.

Asintió de forma brusca. A continuación, se alisó la falda, puso las rodillas a un lado y se dejó caer en la silla como si no sintiera las piernas.

—¿Así? —pregunté, manteniendo la espalda superrígida y bajando la parte inferior del cuerpo como si estuviera completamente desconectada del torso.

Gruñó y frunció el ceño, y, después, me indicó que me pusiera de pie.

—Oh, de acuerdo —dije, con un suspiro, pensando si el hecho de sentarse podía ser un arte. ¿Tendría que aprender todo desde cero? ¿La lección del día siguiente sería sobre cómo levantarse? ¿O cómo caminar? Me agobiaba pensar en todo lo que tenía que aprender. Respiré. Quería concentrarme en lo positivo. Quizá Friedborg pudiera ser mi amiga si yo me esforzaba un poquitín más. Decidí empezar por lo más básico.

—¿Qué sabor prefiere, vainilla o chocolate?

Se me quedó mirando un momento como si le hubiera preguntado algo demasiado personal, como de qué color llevaba la ropa interior. «Oh, Dios —pensé—. ¡Tengo tanto que aprender…!»

Me imaginé que no tenía ganas de charlar, así que, sin ninguna conversación en absoluto, practiqué lo de po-

nerme de pie y sentarme hasta que se me hincharon los pies en aquellos zapatos que me pellizcaban los dedos. Tres horas y dos ampollas más tarde, no solamente había aprendido a sentarme como una dama, sino también a cerrar una puerta sin dar la espalda en ningún momento a mis acompañantes, así como a coger una taza de forma adecuada. Pascal se coló en la estancia por la tarde y negó con la cabeza como diciendo «los modales están sobrevalorados». Yo estaba de acuerdo con él.

Había aterrizado en el suelo agachada y, al ponerme de pie, no me podía creer lo que estaba viendo: Eugene estaba allí, ofreciéndome mi cuaderno de dibujo como si fuera la rosa más perfecta del mundo.

—Eugene, ¡me has traído el papel! ¿Cómo sabías…?

—Te conozco bien —contestó, con una sonrisa—. Como los cuadros y los pinceles habían desaparecido, pensé: «¿Qué te apuestas a que mi chica echa de menos todo este material?».

—Ah, gracias —dije, mientras él me daba el cuaderno de dibujo.

Bajé los hombros un poco. ¡Eugene me parecía tan tierno! Lo abracé. Durante un segundo, pensé si lo había hecho de la forma correcta, pero luego recordé que Eugene era la persona con la que podía ser yo misma.

CAPÍTULO UNO

Eugene miró a los guardias y ellos se echaron un pelín hacia atrás.

—¿Notas algo distinto? —preguntó, dándose la vuelta despacio y haciendo la pose de hombre apuesto, aunque no necesitara posar para eso. Tenía unos ojos castaños claros y una sonrisa traviesa que resultaban irresistibles desde cualquier ángulo.

—Hum… —dije, mirándolo con atención—. ¿Llevas una camisa nueva?

—Noooo —contestó.

—¿Las botas han quedado relucientes? —pregunté.

—Bueno, sí, pero no era eso lo que esperaba que notaras —dijo.

—¿El barbero te ha hecho un corte de pelo nuevo? —pregunté. Eugene recibía cuidados de belleza para nobles todos los días desde que habíamos llegado al castillo.

—¡Caliente, caliente! —exclamó Eugene, mientras se le iluminaba la cara.

—Humm —dije—. Si te refieres a que el flequillo parece que te caiga un poco más, no creo que eso cuente como cambio.

—¿Cómo que eso no cuenta? —preguntó Eugene—. ¡La caída acentuada me cambia totalmente la forma de la cara! Añade un toque chic, ¿no crees? ¿No te viene a la cabeza la palabra «sofisticado»?

—Eugene, tú siempre estás genial. Oye, ¿qué me dices de una carrera? ¡A ver quién llega primero a lo alto de aquel árbol! —le dije, marcando una línea de salida en el suelo con el pie.

—No puedo —contestó Eugene con un suspiro.

—¿Por qué no? —pregunté, levantando una ceja para retarlo—. ¿Te da miedo que te gane?

—Eso, nunca —dijo, guiñándome el ojo—. El caso es que tu padre me ha insistido en que tengo que repasar las leyes contra los delincuentes… y los castigos por saltárselas. Dice que forma parte de la… esto… educación formal que probablemente no haya recibido.

—Oh —dije, incapaz de ocultar mi desilusión.

—No puedo fallar a tu padre —respondió Eugene—. Eso de ver mi cara en tantos carteles de «Se busca» durante los últimos años parece que le molesta. Me imaginaba que traer a casa a la princesa perdida me liberaría de todo eso para siempre, pero bueno…

—Lo siento —dije.

—¿Cómo que lo sientes? ¿El qué? ¿Darme la oportunidad de pasar el resto de mi vida contigo, mi persona favorita del universo? ¿Compartir esta vida de alta cocina y tratamientos de balneario sin fin? ¿Darme una *suite* en el castillo? ¿Ofrecerme un futuro como príncipe, sentado al lado de mi mejor amiga? —dijo, levantándome

la barbilla—. Estudiaré modas extranjeras y decoro diplomático y macro y microeconomía, incluso economía microscópica, si tengo que hacerlo.

—¿Eso existe?

—No creo, pero lo que quiero decir es que me apuntaré a un club de lavar platos o participaré en un concurso de comer pasteles de carne si eso es lo que hay que hacer para que tu padre me acepte. No podría ser más feliz, Rapunzel.

—Muy bien —dije, mordiéndome el labio.

—¿Quieres que te aúpe? —preguntó Eugene, señalando al árbol con la cabeza.

—No hace falta, ya me las arreglaré —respondí, golpeándole suavemente en el brazo—. Ya sabes que me encantan las aventuras, por pequeñas que sean.

—Nos vemos en la cena —dijo, sonriéndome mientras se daba la vuelta para irse.

Lo observé mientras volvía al castillo. ¿Por qué no podía ser yo tan feliz como él? Teníamos todo lo que una persona pueda desear. ¿Qué problema tenía yo? Era casi como si no supiera lo sola que había estado en la torre, pero todo había cambiado. Podía sentir aquellos rincones dentro de mí que habían estado vacíos durante tantos años y ahora quería llenarlos todos. Respiré hondo y tomé la decisión de divertirme. Al fin y al cabo, era una

tarde perfecta, y yo era una chica con un montón de pintura y un cuaderno de dibujo con mucho papel.

Decidí acercarme a los guardias y pedirles que me dejaran un momento de intimidad.

—Estoy en un jardín que está rodeado de una muralla grande… ¿Podría estar sola durante media hora?

Negaron con la cabeza, pero vi que les caían gotas de sudor de la frente: se estaban asando con esa armadura.

—Hace mucho calor esta tarde —dije—. Y esa fuente del jardín principal parece el sitio perfecto para hacer un descanso. ¿Qué les parecería meter los pies en el agua fría? Me voy a sentar en ese árbol para reflexionar tranquilamente y pintar un poco. Seguro que un chapoteo refrescante les sentará de maravilla. ¿No pueden hacer ni un descanso pequeñito? Me alegraría mucho verlos felices. —Uno de ellos sonrió, y, entonces, los otros siguieron su ejemplo—. ¡Venga! Nos vemos dentro de un rato.

Y se fueron, dejándome un momento de intimidad.

Pascal descansaba en la sombra de más abajo mientras yo volvía a encaramarme deprisa al árbol. Estaba a punto de retirar una rama cuando la vi. Había una chica en un campo minúsculo y escondido. Estiré el cuello. Llevaba alguna especie de espada o algo similar, y parecía que estuviera luchando contra el aire.

«¿Quién será?», pensé.